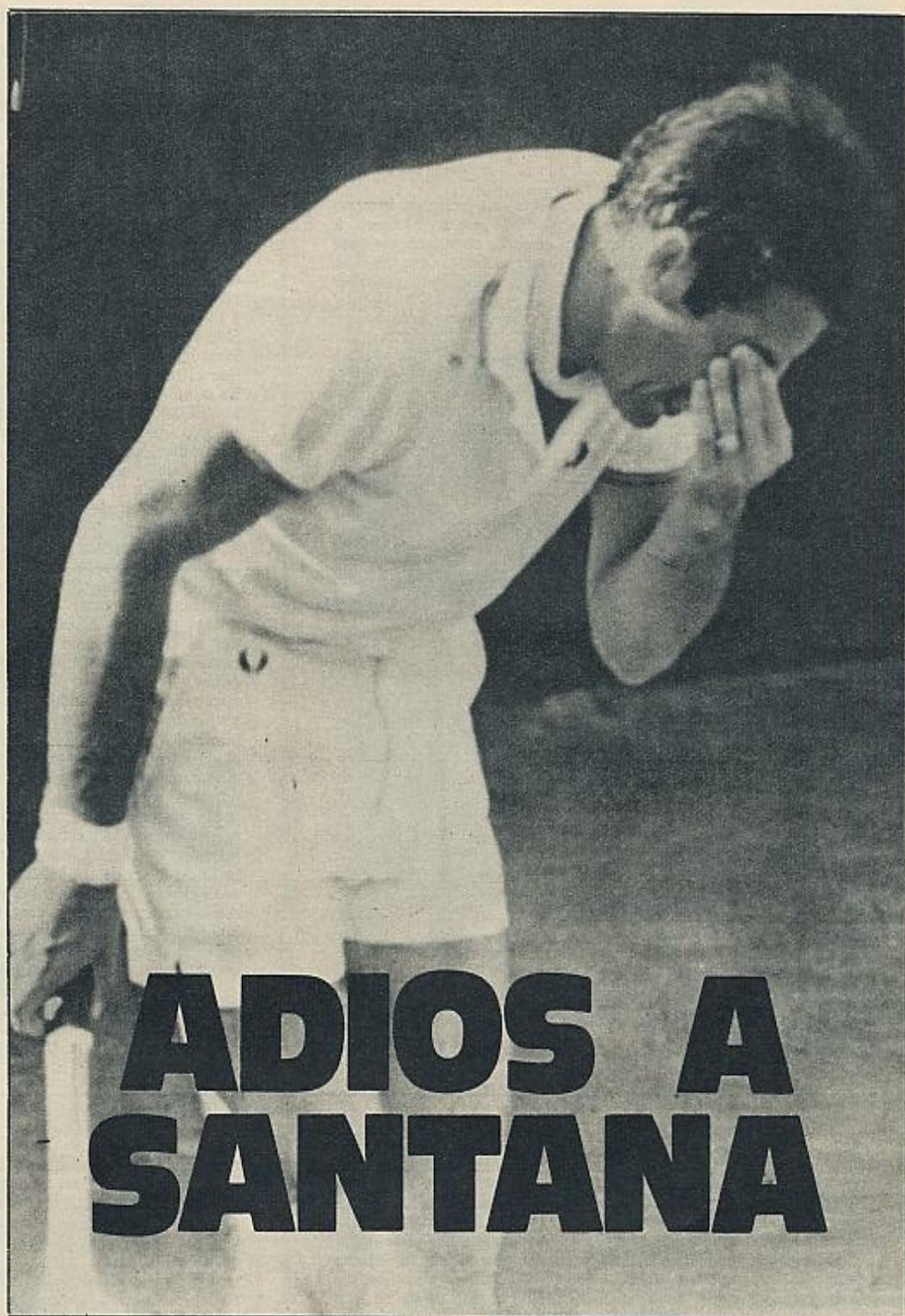


«**N**ACI en Madrid, en 1938. Malos años aquellos y los siguientes. Tuve una infancia difícil. Los Romero Girón me sacaron adelante. Luego todo dependió de mi voluntad. Fui recoge-pelotas, un camino difícil, y me pusieron una raqueta en la mano por vez primera a los trece años de edad. Desde entonces he recorrido un duro camino, en el que creo que me he abierto paso. Yo, un recoge-pelotas, he ganado en Roland Garros, en Forest Hill, en Wimbledon, en White City. En 1965, cuando jugamos nuestra primera "Challenge Round" contra Australia, en Navidades, se vendieron para Reyes y días después más raquetas de tenis que cualquier otro juguete. Me hacía falta aprender francés e inglés. Los aprendí. Ingresé en una gran compañía, en la que me siento muy satisfecho. Tengo una familia y quiero dedicarme a ella y a mi trabajo, por eso no me hice profesional. Pero no dejo el tenis. Sí la Copa Davis, una decisión ya tomada antes, pero precipitada ahora...».

Así resume Manuel Santana, en unas declaraciones recién salidas del horno, su vida y su obra. Santana suele ponerse a llorar cuando pierde; es la rabia que hace campeones, una rabia que esconde un profundo, oscuro miedo al fracaso, que sólo tienen los ahogados sociales que han conseguido subir a la superficie y comprobar las excelencias del aire y el sol. Santana hizo campaña política durante el referéndum de la Ley Orgánica. Prestó su sonrisa de buen chico tímido y la simpatía de su dentadura disparada a la causa de la no abstención. Otros personajes relacionados con el deporte le secundaron: Pirri, Miguel Muñoz, Gibernau... (vicepresidente del Barcelona C. F.). Santana y Arilla jugaron un partido de exhibición, rigurosamente privado, ante el Jefe del Estado español. Santana ha sido el «amateur» marrón mejor pagado del deporte español. Santana ha sido, indiscutiblemente, el mejor tenista español de todos los tiempos. Santana ha protagonizado el sueño de muchos adolescentes españoles dispuestos a abrirse paso por la vida a raquetazos. Y, sobre todo, Santana ha sido, es, será por mucho tiempo, tal vez para siempre, un mito: el de Cenicien-



# ADIOS A SANTANA

**Un difícil relevo  
para  
el Supermán nacional**

*Las recientes declaraciones del marqués de Cabanes,  
presidente de la Federación de Tenis,  
han intentado echar por tierra  
el historial del tenista más brillante de España.*

ta convertida en Supermán, el gran mito coartada para todas las sociedades construidas sobre una inmensa mayoría de Cenicentas.

**EL MUCHACHO  
QUE QUERÍA GANAR**

El tenis es un deporte contradictorio. La mayor parte de las licencias abiertas por la Federación correspondiente obran en poder del señorío del país. Son unos 18.000 palmos cuadrados de tierra batida, césped, malla asfáltica, para que sólo jueguen dos, cuatro personas. Muchos cuidados para las instalaciones, una dedicación constante para sobresalir un poco. Un deporte caro. Cara la raqueta, caro el vestuario, caras las pelotas. Y, sin embargo, los grandes jugadores de tenis que ha dado España son de origen rigurosamente proletario o vagamente pequeño burgués: Pedro Masip, Gimeno, Santana, los hermanos Arilla, Orantes... Pedro Masip tenía que ganarse la vida jugando como pelotari profesional, el tenis era su afición. Esta dualidad «amateur»-profesional le costó una descalificación. Nuestras autoridades deportivas aún no conocían la profunda trascendencia del **Contamos contigo**. Gimeno tuvo que hacerse profesional para vivir de la raqueta (vivir muy bien, desde luego). A partir de Santana, nuestros tenistas se han beneficiado del planteamiento político-deportivo del **Contamos contigo**. Nadie sabe cuánto ni cómo, pero están subvencionados directa e indirectamente.

Masip pudo haber llegado a ser una gran figura. En cierta ocasión vendió a buen precio su derrota ante el yugoslavo-egipcio Drobny, campeón en Wimbledon. Aquella acción inscribió a Masip en la lista de españoles épicos de los años cuarenta. Pero entonces se pretendía que la épica alimentaba y no le soltaron un céntimo. Santana llegó al tenis por la puerta trasera, cuando Gimeno ya había empezado a triunfar internacionalmente. Parecía un muchacho desvalido, muy delgado, de aspecto frágil frente al gigantesco Gimeno, eternamente despeinado, con la impertinencia simpática de sus dientes casi mordiendo la pelota. Poco a poco se hizo res-

petar. Perdió por muy poco con Gimeno. Se echó a llorar. Ganó a Gimeno. Tenía toda una vida por delante.

Los tenistas australianos o norteamericanos cuajan en plena adolescencia. A los diecinueve años, Hoad, Rosewall, Laver, Newcombe, Roche ya eran temibles internacionalmente. Santana, no. Santana no tenía tras de sí una formación física adecuada. Su madurez deportiva fue más lenta. Tuvo que esperar a que la biología hiciera lo que no había hecho el estímulo deportivo. A los veinticinco años empezó a brillar su estrella internacional. No era el suyo un tenis fuerte, de juego desde el fondo de la pista, potente, demoledor de la resistencia del adversario. Tampoco un juego basado en un servicio desequilibrador, tras el que seguía un «smash» inapelable. El suyo era un juego astuto y hábil. Le bastaba la muñeca. Con la muñeca vencía a potentes maquinarias musculares australianas y norteamericanas. Siempre su juego sugería la victoria de un David sabio frente a un Goliath sorprendido en su seguridad.

**¿QUIEN ES SANTANA?**

Todavía en 1965, cuando, de la mano de Santana, el equipo español avanzaba hacia el «Challenge Round» de la Davis frente a los australianos, Roy Emerson (número uno australiano) preguntaría a un periodista: «Pero, ¿quién es Santana? Es absurdo que usted me diga que es el mejor jugador europeo. Yo sólo conozco a un buen jugador europeo: el alemán Bungert». Meses después, el equipo español perdía la «Challenge Round», pero la única victoria individual correspondía a Santana sobre el propio Emerson. En el mismo año, Santana vencía en Forest Hill. Al año siguiente, en Wimbledon, frente a un encolerizado yanqui llamado Dennis Ralston, que no podía comprender cómo un español podía martirizarle de aquella manera, con inverosímiles dejadas de pelota a ras de red, con un portentoso juego imaginativo que convertía la pista de tenis en un encaje surrealista.

Ya todo el mundo sabía quién era Santana. Que se había casado

con una muchacha de La Coruña. Que era representante de una marca de cigarrillos norteamericana. Los niños jugaban a tenis por las calles. Un cordel, dos palas de madera, una pelota de goma. Ya bastaba: el más chulo, el más mandón se autollamaba: Santana. Los niños del país jugaban a locutores de radio o de TV, es la manera de soñar de los niños audiovisuales. Retransmitían sus propias victorias: «... y entonces Santana hace un "pachin chot" y... goooool». Braceaban y saltaban. A la vez, tenistas y público de fútbol.

Y un nuevo público empezó a invadir los templos verdes de los clubs de tenis. Cuando jugaba Santana. Un público que no respetaba la ley del silencio que debe conservarse para respetar la concentración del tenista. Un público que irritaba a los puristas, al señorío que toleraba que los recogepelotas llegaran a tener tanto dinero como ellos, previa la redención deportiva, pero molestos en su sibaritismo por aquel «público de fútbol», agitador de la paz de aquel deporte para vestales con su neurótico criterio de reprimidos épicos. La prensa llamaba a Santana: **Supermanuel**. Era el primer deportista español que se hacía respetar en el extranjero desde los tiempos de Ricardo Zamora. Santana se dejaba querer. Sa dejaba construir un retrato oficial de español cristiano, decente, buen padre de familia, sereno, rico, triunfador, buen ciudadano. Era imposible una mejor inversión político-deportiva.

**BAILAD, BAILAD...  
MALDITOS**

Cada año caía sobre Santana la principal responsabilidad de incorporar divisas triunfalistas a las menguadas arcas nacionales. La victoriosa trayectoria del Real Madrid se había interrumpido y Santana heredaba la penosa obligación de presentar un decente retrato de la raza. Santana tenía la obligación de ganar, ganar siempre. Se le perdonaba un partido perdido, incluso una ruidosa derrota ante un principiante. Pero el público sabía que ante grandes rivales su victoria estaba asegurada. Entonces renacía el muchacho con miedo a perder el

tren iluminado de una vida de lujo, el muchacho que había contemplado en sus correrías de recogepelotas el esplendor en los setos y en los escotes, en las palabras y en los silencios. En los partidos comprometidos salía la rabia oscura del que se lo jugaba todo a una baza y podíamos ver un maravilloso espectáculo de habilidad, coraje, inteligencia.

Los americanos consideran que un ser humano nace **perdedor** o **vencedor**. Es un principio de origen calvinista, válido para justificar los millones de Rockefeller y el «ghetto» de Harlem, la belleza de «Miss América» y la fealdad solterona de Betsy Blair. En los países pobres, que no tuvieron a tiempo ni revolución industrial ni las filosofías que la respaldaban, vencer o perder es una cuestión testicular, una irracional cuestión testicular. Hay que echarle reñones al asunto.

Con el tiempo, Santana ya no ha necesitado ni vencer ni perder. Había conseguido todo lo que puede conseguirse por el camino de la redención social individual. Ya pertenece a los v.i.p. del país; a todos los niveles. Puede aspirar a lo que quiera social, económica, políticamente hablando. Puede permitirse el lujo de no hacer caso al criterio de la multitud: ¡Bailad, bailad, malditos!... Su origen de niño crecido en la España del racionamiento, tardíamente sometido al lustre muscular del deporte, exigiría que ahora se entregara totalmente al deporte, para perpetuar a los treinta años su reciente gloria deportiva. Pero, ¿para qué?

No quiere la vida del tenista profesional, mitad deportista a sueldo, mitad atracción circense, mercenario épico a la descarada, sin vida personal ni suelo para los pies. Santana ha aprendido la lección de la burguesía que le tiraba las pelotas para que las recogiera y que le cedía, con gusto, sus carísimas pistas para que solazara con sus habilidades de alumno clandestino y aventajado. E igualmente ha aprendido la lección del talante burgués ante la vida. A partir de ahora será uno de los que verán jugar o, a lo sumo, enseñará a unos niños o adolescentes el difícil arte de recorrer la cucaña que separa la pobreza de la riqueza, con una raqueta de tenis como único punto de apoyo frente al vacío. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.